

Conde y Luque, Azcárate y otros muchos, eminentes y autorizados... Toda dubitación había desaparecido. Desde esa hora yo adquirí el convencimiento de que España era una nación desprovista de justicia, esto es: anulada para la vida.

Ignoro si la obra de D. Joaquín Costa ha pasado estéril sobre el alma española. Temo que sí. Y si yo me convenciera de ello, me sentiría acobardado. Porque el Hércules aragonés, que elaboraba con fiebre creadora sobre los tristes surcos, hincando la reja en la parda, áspera tierra, sembrando la semilla de la voluntad, poniendo en los altozanos la esperanza y en los húmedos valles la sentencia salvadora, merece el diario recuerdo. Nadie sino él, solo él, marcó las anheladas rutas, y en el itinerario que señalara, se iba de lo castizo a lo renovado, de lo pretérito a lo futuro...

¡Costa, ... acaso por haber sido tan grande, no pudiste entrar en el estrecho cuadro de la mentalidad establecida!... Yo te contemplo como el último genial propagandista, el que cada día arrojaba de sus cuadernos de incansable estudiantón, sobre las ignaras muchedumbres, la ciencia y el castigo. Tu pedagogía fué una tempestad. Entre rayos y truenos venía de tí a nosotros la admonición salutífera!... Y un día, trás largos dolores, partiste en demanda de la Eterna Justicia... El inmenso montón de notas en que habías condensado cuarenta años de vigiliás, se evaporó en una llama... Y de tu larga vida quedó únicamente la certeza de que debíamos cambiar de ruta...

Amigos fieles, los que lo fueron del Maestro, y lo son míos, me contaron los días últimos del gran es-